

*y ando, miro y trabajo doblemente
mientras dos veces peso en la balanza
cerebral en secreto
el vinagre y la miel de cada cosa.*

(Familia de la noche, pp. 49-50.)

La proliferación de oraciones coordinadas copulativas (con asíndeton y polisíndeton) refuerza la intencionalidad aditiva y reconciliadora del poema. Asimismo, cuando el poeta dice que,

*Sólo es luz emplumada el colibrí,
luz con alas o mínima saeta
que las flores se lanzan una a otra
al corazón de aroma y de rocío.*

(p. 45)

La conjunción «o» pierde su carácter disyuntivo y funciona copulativamente como enlace de dos equivalencias. Por otra parte, al volvernos conscientes de la proporción exacta de la imagen y la simetría que esto le confiere al verso, hace que nuestra atención también recaiga sobre el poeta en cuanto conciencia creadora.

Poesía intuitiva y sabia: procede a reconstruir un universo que conjugue toda la diversidad planetaria y armonice opósitos y heterogéneos contendientes en un todo solidario. El resultado es una visión cósmica del eterno movimiento o ímpetu de la materia hacia la forma. Así, pues, todo cambio, toda disolución, toda muerte no es más que la manifestación de un infinito proceso de transubstanciación y metamorfosis. Aquí nada perece; la muerte es sólo el tránsito de una a otra forma de vida. El ir y venir del colibrí, «imagen de la prisa / entre la lentitud grave del mundo» (*Familia de la noche*, p. 45), lo lleva al fin de su estación sobre la tierra,

*Mas la herencia del pájaro difunto
se reparten insectos y raíces
y el color de las alas va a los frutos,
miniaturas del sol, planetas dulces,
y de allí nuevamente en pulpa de oro
o en sangre vegetal, licor nutricio,
a la tribu del aire y de la pluma
en un ciclo infinito de animales
y semillas, de insectos y de plantas
que comanda la luz, la luz suprema.*

(p. 46)

Afirmación de la materia sobre la muerte, el poema postula la perdurabilidad de la substancia y la continuidad de un maravilloso proceso natural que no conoce el desperdicio. En esta visión orgánica del uni-

verso todo está hecho de la misma materia, lo que varía es el molde o la forma que la contiene. Las diarias defunciones de cosas y de seres son meras desintegraciones químicas, dispersiones de elementos que permiten al impulso vital [el *élan vital* bergsoniano (24)] la búsqueda de alojamiento en una nueva forma. El poema coaliga cosas y seres, disuelve sus diferencias, y pone de manifiesto la mutualidad de sus dependencias y correlaciones:

*Amistad de las cosas y los seres
en apariencia solos y distintos,
pero en su vida cósmica enlazados
en oscura, esencial correspondencia
más allá de sus muertes, otras formas
del existir terrestre a grandes pasos
hacia el gris mineral inexorable.*

(*Familia de la noche*, p. 47.)

A semejanza de los procesos creadores de la naturaleza, la poesía es un impulso que busca manifestarse en una realidad fenoménica: en el orden verbal del poema. En la poesía de Carrera Andrade, sin embargo, no se da la multiplicidad de formas ni la densidad simbólica con que otros poetas modernos pretenden representar la realidad. Más que las piruetas formales, al poeta ecuatoriano le interesa encontrar una coherencia y una estructura de sentido en el mundo. Carrera Andrade posterga su voz para rendirse a la «evidencia meridiana». Por ello, aunque logra reconstruir un modelo unívoco del cosmos, no llega a resolver su dilema metafísico: a la solidez y coherencia del mundo exterior se contrapone su inseguridad ontológica; a la adhesión planetaria, la disensión interna, la escisión de la conciencia:

*En mi morada oscura
vuelvo a escuchar al hombre del espejo
que habla conmigo a solas,
me mira e interroga frente a frente,
en eco me responde en mi lenguaje
y se asemeja a mí más que yo mismo.*

(*Familia de la noche*, p. 52.)

JOSE HERNAN CORDOVA (*Colgate University Hamilton, New York 13346*).

(24) Bergson, p. 663: «Unidad y multiplicidad son categorías de la materia inerte, ... el impulso vital no es ni unidad ni multiplicidad puras, ... y si la materia a la que se comunica la pone en la disyuntiva de optar por una de las dos, su opción no será nunca definitiva: saltará indefinidamente de una a otra forma.»

LA DIALECTICA ENTRE LA VIDA Y LA POESIA EN TRES RELATOS DE ABELARDO CASTILLO

1. INTRODUCCION

Todo creador, como ha dicho, entre otros, Ernesto Sábato, realiza su obra obedeciendo a ciertos «demonios personales», oscuras obsesiones que se le imponen más allá de su voluntad o vigilancia consciente y se repiten a lo largo de su producción, hasta configurar el centro temático de aquélla. Tales «demonios», en la mayoría de los casos, no se manifiestan claramente desde el comienzo de la tarea creadora, sino que van perfilándose cada vez con mayor nitidez, hasta emerger totalmente en ciertas obras que, en virtud de ello, revisten singular importancia, ya que nos permiten acceder al núcleo a partir del cual toda la producción cobra sentido. En el caso de Abelardo Castillo, dicho lugar de privilegio le corresponde, en nuestra opinión, a los relatos que analizaremos en el presente trabajo. Nos referimos a «Los ritos» (1), «Crear una pequeña flor es trabajo de siglos» (2) y «El cruce del Aqueronte» (3), en los cuales el narrador desarrolla sus ideas estético existenciales a partir del enfrentamiento de las dos realidades humanas en las que se centra su interés: la literatura —o el arte en general, ya que todo lo que el autor manifiesta sobre aquélla puede ampliarse a las demás expresiones artísticas— y la relación de pareja; vale decir, y para utilizar la terminología goetheana cara a Abelardo Castillo, vida y poesía.

Respecto de este enfrentamiento fundamental, los cuentos presentan tres perspectivas distintas y progresivamente más abarcadoras, que corresponden a las tres instancias básicas de realización humana y que podemos enunciar así: «Los ritos» enfoca vida y poesía desde una óptica inmediata y existencial, que considera al hombre en su calidad de ser-ante-los-otros; «Crear una pequeña flor...» adopta una perspectiva de tipo antropológico, que visualiza al hombre como ser-en-el-mundo, y «El cruce del Aqueronte» se ubica en un punto de vista trascendental-religioso, entendiendo al ser humano como ser-ante-Dios.

A fin de sistematizar nuestro estudio, comenzaremos por establecer ciertas pautas, comunes a los tres relatos, que hacen a nuestras consideraciones, para luego analizarlos por separado. Finalmente, expon-dremos las conclusiones extraídas.

(1) Castillo, Abelardo: «Los ritos», en *Los mundos reales*, Santiago de Chile, Cormorán, Ed. Universitaria, 1972.

(2) Castillo, Abelardo: «Crear una pequeña flor es trabajo de siglos», en *Las panteras y el templo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1976.

(3) Castillo, Abelardo: «El cruce del Aqueronte». Separata de *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, marzo 1974, núm. 285.